

HACIA UNA EXPERIENCIA POLITICA INEDITA

A pesar del tiempo transcurrido desde las últimas elecciones presidenciales francesas, consideramos de interés incluir hoy los artículos sobre dicho tema de nuestros colaboradores G. Peces Barba y Antonio Menchaca, y que no pudieron ser incluidos en el número anterior como hubiera sido nuestro deseo.

DESDE dos enfoques diferentes se pueden estudiar las últimas elecciones francesas, según nos citamos al examen inmediato, a la observación de cerca, o nos elevemos a la contemplación del momento actual, y de las perspectivas históricas del mundo de nuestro tiempo, insertando la situación política francesa en esas coordenadas.

Desde el primer planteamiento, los acontecimientos no han producido muchas sorpresas si se han seguido atentamente. Los franceses, con una mayoría muy exigua, siguen apoyando al General por sus condiciones menos concretas, por su patriotismo, por su entrega a Francia y por su tarea histórica en la Liberación, aspectos a los que, muchos de ellos, tienen un apego evidente. Sin embargo, en su conducta concreta, en su tarea como Presidente de la República, los ciudadanos del país vecino han mostrado poco entusiasmo. Las comparaciones con las elecciones legislativas o municipales anteriores, para demostrar que el General ha aumentado sus partidarios, no tienen ninguna seriedad científica, puesto que en aquellos momentos no entraba en liza él mismo, con todo su prestigio, sino sólo la U. N. R. Lo cierto es que De Gaulle ha perdido muchos votantes desde mayo de 1958 y que la causa ha sido la discrepancia de muchos ciudadanos con diversos aspectos de su política. Desde la derecha o desde la izquierda y, a veces, desde ambas posiciones al tiempo, se ha atacado la política exterior que conducía, según muchos, al aislamiento de Francia: las dificultades sobre el Mercado Común, la fuerza atómica francesa —peligrosa y sin efectos prácticos en un gran combate nuclear— y, sobre todo, la situación socioeconómica precaria en bastantes aspectos —vivienda, salarios, escuelas, democratización de la enseñanza, agricultura, etc.

El De Gaulle permanente, un poco mito del pueblo francés —o de aquella parte del pueblo que aún cree en los mitos— ha permitido una victoria escasa al De Gaulle concreto, Presidente de los últimos años, derrotado por los errores de su política inmediata, gracias a los votos de los franceses que aún creen el lema electoral del General: «Votar por De Gaulle es votar por Francia.»

Lecanuet ha sido el catalizador del descontento, y se puede asegurar que la mitad de su electorado es partidaria de De Gaulle, desilusionada por la política de los últimos años. Hombre inteligente, moderno, y quizá más avanzado de lo que ha aparecido al exterior por exigencias electorales, Lecanuet ha tenido un porcentaje suficiente para intentar la creación de ese partido centrista, demócrata, social y europeo. Cuando De Gaulle desapare-

ca, Lecanuet recogerá gran parte —los demócratas, pequeño-burgueses y los trabajadores y empleados— del electorado de la U. N. R., cuyo futuro se avecina poco esperanzador. En efecto, es de temer que los votos que no absorba el candidato centrista serán recuperados por la extrema derecha, puesto que el destino de la U. N. R. es desaparecer con el General, como todas las obras que todo lo cifran, absurdamente, en el sentido carismático que se da a un hombre. Lecanuet acepta, pues, la estructura socio-política de la Francia actual y sólo es un reformista que quiere hacer desaparecer los vicios introducidos por el egocentrismo del General. Su lema electoral era significativo: «Un Presidente joven para una Francia en marcha.»

Mitterand, hombre inteligente y brillante, representa la esperanza de progreso y de evolución económico-social más acentuada, aunque de hecho su programa es apenas diferente al de Lecanuet, y, personalmente, no es hombre extremado. Sin embargo, su sentido revolucionario en potencia, le viene de la presencia, en su coalición, de los comunistas, socialistas y, en general, todos los hombres de progreso, incluidos los sectores cristianos que consideran inviable, por contradictoria, la síntesis de Lecanuet y que, por esta razón, no apoyan su política, sino la de Mitterand. El problema clave es el de la estabilidad y de la solidez de la coalición que apoya al «único candidato de la izquierda», punto clave que interesa dilucidar para discernir si el factor negativo de la hostilidad a De Gaulle ha sido lo único que la ha aglutinado.

Finalmente, hay que poner de relieve el efecto producido por la campaña de televisión sobre el resultado de las elecciones. Con dos horas ofrecidas a cada candidato, después de siete años de monopolio y campaña dirigida a la justificación de un régimen, sobre todo Mitterand y Lecanuet, han derribado, con una crítica certera, todo el mito de la Presidencia anterior. La importancia radical de la televisión y, en general, de todos los medios informativos, resaltada y sostenida, teóricamente, por los estudiosos, se ha visto en la campaña francesa confirmada con creces.

Si se integran las elecciones francesas en el proceso histórico del tiempo en que vivimos, desde la segunda perspectiva, se puede afirmar, en primer lugar, que De Gaulle, quizá sin él proponérselo, congrega en torno suyo a los tecnócratas —Pompidou y todos sus Ministros son simplemente unos altos funcionarios—, favorece la despolitización, recrea mitos —como «la grandeza de Francia»— e introduce la mediocridad como criterio básico de la vida política francesa. Por eso es

inexplicable que algunos sectores de la izquierda, y concretamente de los países socialistas, hayan tomado partido por De Gaulle, simplemente porque sale al paso de la política norteamericana y reconoce a China.

La experiencia Lecanuet supone una modificación de la estabilidad deseada por los votantes de De Gaulle. El neofascismo larvado daría paso a un tímido reformismo europeísta, insuficiente, incluso en Francia. La consecuencia más interesante de este momento en el panorama político francés, y en el M. R. P. concretamente, es la confirmación de la contradicción que supone todo partido confesional donde la aglutinante sea el factor religioso. Hombres de izquierda, de centro y de derechas pretenden convivir en un mismo grupo por el hecho de ser católicos, y la consecuencia es que el partido está inmovilizado por las tensiones interiores y cuando hay movimiento, es el sector más conservador el que lo marca. La única posibilidad de un grupo político de inspiración cristiana, llámese Democracia Cristiana o con otro nombre distinto, es llevar hasta sus últimas consecuencias las exigencias de la verdad, de la justicia y de la libertad, implícitas en su bagaje doctrinal. El M. R. P. ha caído roto en mil pedazos, víctima de su contradicción centrista. Es de temer que, a largo plazo, el nuevo partido que se pretende fundar sufra la misma suerte, porque los presupuestos y el concepto del partido, con los que se despega, tienen las mismas incongruencias.

No cabe duda, en fin, que el intento de Mitterand es el que tiene más interés desde la perspectiva en que estamos colocados. La colaboración leal del partido comunista con la izquierda democrática para una tarea de gobierno, es una experiencia inédita en los últimos años de Occidente. ¿Se trata, simplemente, de un «cartel» electoral, o lleva en sí algo más profundo? Sea cual sea su suerte es un hecho positivo para la paz del mundo, sobre todo como posibilidad más que como realidad. Existen grandes dificultades y un fracaso podría retardarla durante muchos años. Para enfrentarse lealmente con la posibilidad que Mitterand ha esbozado para las elecciones, es necesario la discusión de un programa concreto y la elaboración de un contrato de gobierno que ligase a todas las familias políticas que participen en la experiencia. En caso contrario, los prejuicios en cuyo nivel han tenido lugar hasta ahora, los contactos entre comunistas y los demás grupos de izquierda, con sus abstracciones y sus mitos, que sólo favorecen a conservadores y reaccionarios, destruirán este intento.

G. PECES-BARBA MARTINEZ